Una nueva imagen

Por su servidor Russell George

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.” 2 Cor. 3:18

Hay los que gastan dinero con la esperanza de cambiar o mejorar su imagen. En gran parte, los cosméticos cumplen esta función. Es bueno que estemos conscientes de la necesidad de tener una buena imagen.

Dios también se preocupa por nuestra imagen. El ha provisto, a través del Espíritu Santo, la manera de tener la mejor imagen que hay. No se trata tanto de su imagen física sino más bien de su manera de ser. Esto también nos hace atractivo.

Este cambio de imagen es una obra del Espíritu Santo. Su meta es la de transformarnos a la imagen de Cristo. Podemos tener la mente de Cristo según I Corintios 2:16: “Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.” Con esta mente comenzamos a pensar como él. Nuestros pensamientos controlan nuestras acciones. Así tenemos un carácter cada vez más parecido a la de él.

En este versículo notemos dos pasos que nos llevan a tener la imagen de Cristo. Primero hay “mirando a la gloria del Señor”. Cuando yo estaba en primaria leí una historia que se llamaba “El gran rostro de piedra”. La historia comenzó con un muchacho que se llamaba Ernesto. El y su mamá estaban sentados sobre la entrada de su casa mirando a la gran cara de piedra. La cara consistía en una formación de piedras en forma del rostro de un hombre. Estaba situada en una escarpadura de un alto monte. Su mamá contaba a Ernesto sobre una antigua profecía en cuanto a la cara del hombre en la montaña. Ella dijo que la profecía que tenía tanta antigüedad que existía entre los indios aun antes de la llegada de los emigrantes. La profecía decía que un día un hombre aparecería en el barrio con la misma imagen de la cara en la montaña. Ernesto dijo, “Ojalá que el hombre aparezca durante mi vida”.

Pasaron los años y Ernesto llegó a ser un joven. Por este tiempo volvió al barrio un hombre que había ganado mucho dinero en sus negocios. Algunos lo recibieron como el hombre con la imagen de la cara de piedra. Antes de su venida, él mandó que le edifiquen una gran mansión en el pueblo. Pero, al venir, muchos se dieron cuenta de que él no cumplió la profecía.

Ernesto siguió trabajando. A la tardecita él pasó tiempo descansando sobre la entrada de su casa mirando al hombre de piedra. Al mirar tanto la cara, parecía que le conocía personalmente.

Cuando Ernesto tenía 40 o más años había otro hombre que algunos pensaron quizás era el cumplimiento de la profecía. El era un jubilado militar. Cuando él llegó, el pueblo le recibió con un gran banquete. Para Ernesto, y muchos más, la cara del hombre no tenía la semejanza de la cara en la montaña. Ernesto todavía esperaba que en su vida apareciera el hombre con la cara del hombre en la montaña. El tenía un corazón grande y siempre estaba buscando una manera de ayudar a sus vecinos. El fue amado por todos.

Había un hombre que pasó su niñez y juventud en el valle a la vista de la cara del hombre en la montaña. El también conocía la profecía y se preguntaba si tal vez él llegaría a ver el hombre con la cara de piedra. El se hizo famoso como escritor, y en especial en escribir poesía. Muchos, incluso Ernesto, habían leído sus escritos y lo apreciaron mucho. Ellos pensaron, “qué afortunados somos que uno de los nuestros llegó a ser un famoso escritor.”

Un día corrió la noticia que el gran escritor iba a volver de visita al valle. Muchos salieron a recibirle con la esperanza de escucharle leer su poesía. Ernesto también estaba entre la multitud. El leyó una poseía larga y levantó la vista para descansar su voz. De repente sus ojos quedaron fijos en Ernesto. Después él miró a la cara de piedra. Después miró a Ernesto. El miró a la multitud y señaló a Ernesto con su dedo y gritó “Ahí está el hombre con la cara del hombre en la montaña”.

La historia termina en decir que la gente del valle estaba tan acostumbrada a ver la cara de Ernesto que no pensaron que había una gran similitud entre su cara y la del hombre en la montaña. Después se dieron cuenta de que el escrito tenía razón. También el autor de la historia dijo que Ernesto llegó a tener la cara con la imagen del hombre en la montaña por haber pasado tanto tiempo mirando a su cara.

Nosotros llegamos a tener la imagen de Cristo por mirar tanto a él. No a su cara, por supuesto, porque no podemos ver su rostro, pero mirando a él, como el autor y consumidor de la fe. Miramos a él con cara descubierta. Esto es en contraste con los judíos en el versículo 14 que están velados y no ven a Cristo como él es.

El segundo paso es la transformación de nuestra imagen. El principio de la transformación sucede en el momento de la salvación. Pablo escribió en II Corintios 5:17, “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” Después de la salvación Dios empieza a transformar al creyente entregado a él. Es una obra que es por vida del creyente. El Espíritu Santo quita lo vil del hombre y lo reemplaza con virtudes que son los frutos del Espíritu. Leemos de esto en Gálatas 5:17-23. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley.Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia,idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías,envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.”

¿Está cambiando Dios su imagen? El puede a tal modo que estamos entregados a él. “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.” Juan 15:6-7